

LOS CANTES DE ALMERÍA: SUS INTÉRPRETES

JOSÉ LUIS NAVARRO GARCÍA

Los cantes de Almería nacen, evolucionan y se difunden al compás de los vaivenes socio-económicos de las explotaciones mineras de la región. Son hijos de la fiesta y del sufrimiento. La fiesta que generan los dineros que da el mineral y el sufrimiento que engendra su extracción. Son hijos también de la peripecia humana y de las labores de unos hombres que aquí nacieron: los tarantos. No sería justo, sin embargo, olvidarnos, cuando de estos cantes se habla, de esos otros, artistas de vocación y profesión que, sin haber nacido aquí, los hicieron suyos, se identificaron con ellos y en algún caso -don Antonio Chacón es indudablemente el más significativo- los engrandecieron.

Los dos primeros nombres de que se guarda memoria están íntimamente ligados al mundo de la mina y de la actividad y necesidades económicas que surgían en su entorno. Uno fue barrenero, el otro tratante. Muy poco sabemos de ellos. Prácticamente nada de su cante.

El minero se llamaba Juan Martín y había nacido en Cabo de Gata, por eso le conocían por «El Cabogatero». Murió en Serón el 24 de enero de 1880. Una copla nos lo cuenta:

El veinticuatro de enero
de mil ochocientos ochenta,
el veinticuatro de enero,
en el pueblo de Serón

murió el Cabogatero,
barrenero y cantaor.

Juan Martín tuvo que vivir aquella *fiebre minera* que siguió al descubrimiento del filón Jaroso -tendría entonces cerca de treinta años- y es más que probable que trabajase en alguno de sus tajos. El hecho de que su nombre se recuerde hoy es prueba evidente de la fama y popularidad que en su día tuvo que alcanzar.

Tartanero y tratante fue «Pedro el Morato». Y también fue trovero, porque el trovo, como el fandango verdial, eran el único desahogo de estos hombres. Hoy Pedro el Morato se ha convertido en una figura legendaria del primitivo canto almeriense. El sería uno de aquellos hombres que difundió por las ventas y poblados mineros aquellas tarantas recién nacidas. Los escasos datos biográficos que de él conocemos han llegado a nosotros en coplas que el paso de los años ha hecho tan populares como en su día él mismo tuvo que ser. Gracias a ellas, sabemos que era natural de Vera, de profesión tratante, y que andaba por esos caminos de Dios, pasando las mil y unas calorinas, con su guitarra en la mano, dispuesto siempre a echarse un canticito y a desafiar a todo aquel que se las diese de trovero. Estas son sus coplas¹:

Me llaman Pedro del Morato
y soy natural de Vera,
con mi guitarra en la mano,
venga tela y vaya tela,
¡qué telica de verano!

Soy del reino de Almería,
en donde nacen los tempranos,
y al amanecer del día
me encuentro a Pedro el Morato
vendiendo verdulería.

Anoche fui al teatro
y vide a la emperatriz;
platiqué con ella un rato
y se le ocurrió decir:
pa cantar, Pedro el Morato.

1. La primera registrada por Pepe de la Matrona: «Taranta de Pedro el Morato», *Tesoros del flamenco antiguo*, Hispavox, Madrid, 1970. La segunda, la grabaron: Antonio Chacón: «Minera», Gramophone, 262.266; Antonio Piñana: «Cantes de El Pajarito a Pedro el Morato»,

Del talante humano de El Morato apenas sabemos nada. Se ha dicho que tenía fama de ser *borrachín* y *pendenciero* y que le gustaba alardear de buen trovero, el mejor². Pero ¿qué trovero no ha presumido siempre de lo mismo? De esa arrogancia, mantenida viva en la memoria de las gentes, nos habla una copla reciente³:

Me llaman Pedro el Morato,
el mejor de los troveros,
y lo sabe el mundo entero
que de trovos tengo yo un rato
y también de verdulero.

Si poco sabemos de estos dos primeros cantaores almerienses, menos aún sabemos de los cantes que harían cuando animaban las noches de las tabernas mineras. Nada podemos decir de ellos con certeza. Aquellas primitivas tarantas tuvieron que ser, sin duda, cantes poco elaborados, dichos con voces ásperas, voces destrozadas por el polvo de los caminos o por el humo de los barrenos. Eso, al menos, es lo que nos ha dejado dicho una letra:

No se asuste usted, señora,
que es un minero el que canta;
del humo de los barrenos
tengo rota la garganta.

Serían, además unos cantes muy cercanos al folklore local; cantes con ecos de trovos y aires de fandangos almerienses, esos finales *recortaos* tan característicos de la provincia minera y marinera.

Esos serían, con toda probabilidad, los fandangos que harían después famoso a otro almeriense: José Luque Martín, conocido en el mundo flamenco por «Pepe el Marmolista». Su voz, sin embargo, poco tenía de humo de barrenos o polvo de caminos. Todo lo contrario. Si no hubiese sido así, difícilmente

El cante de las minas, Hispavox, Madrid, 1980; y Enrique Morente: «Taranta de Almería», *Cantes antiguos*, Hispavox, Madrid, 1978. La tercera Antonio Piñana, *Op. cit.*

2. Ver A. Salom, *Los cantes libres y de levante*, Murcia, 1982, págs. 81-83.

3. Opaló y Vizcaino, registrada por Antonio Piñana, «Cante de El Morato», *Todo el cante de Levante, todo el cante de las minas*, Hispavox, Madrid, 1971.

habría entrado en la historia de los cantes de Almería con tan elogiosas y tajantes palabras como las que le dedicara Fernando el de Triana⁴: *El mejor cantador del sistema de Almería fue Pepe el Marmolista*.

Otro de los nombres míticos del primitivo cante almeriense fue Frasquito Segura, «El Ciego de la Playa». Frasquito nacería allá por 1840. En su garganta el fandango verdial se impregnaría de aires y tonalidades nuevas, aires mineros y tonos levantinos. El Ciego de la Playa fue uno de esos artistas populares, mitad poeta y mitad mendigo, que sin salir de las tabernas y aguaduchos frecuentados por mineros supo conservar y transmitir esos cantes que él mismo había contribuido a desarrollar. Suya, según algunos, fue la primera versión de esa malagueña que después se ha atribuido al Canario y que don Chacón engrandeciera y popularizara⁵:

Viva Madrid que es la corte,
viva Málaga la bella,
y para puertos bonitos,
Barcelona y Cartagena.

Francisco Segura murió, ya bien entrado nuestro siglo, como había vivido: mendicando con su guitarra por las calles de Almería y malvendiendo sus cantes por unas cuantas monedas.

A esa primera época del cante almeriense pertenecieron también «Luis el Bilbaíno», descendiente directo de Juan Martín el Cabogatero, y «El Garruchero». Es seguro que habría muchos otros más que, como tantas otras cosas, han desaparecido para siempre de la memoria de sus gentes.

Hacia 1870 comienza a abrirse en Almería los primeros cafés del cante: el del Frailillo, el Café España, el Lyon de Oro... En ellos encontrarían un nuevo medio de vida los mineros que nacían con el don del arte. Gracias a ellos, la oferta cantaora se amplía y enriquece. En esos cafés de cante la primitiva taranta de las cuencas mineras almerienses evoluciona y se diversifica en las voces, estilos e impronta musical de los artistas profesionales que allí llegan procedentes de otras comarcas cantaoras. Por eso, al llegar a este momento histórico, no podemos silenciar a esos cantaores que, sin haber nacido en Almería, tan decisivamente contribuyeron a agrandecer y difundir sus cantes.

4. *Arte y artistas flamencos*, Madrid, 1935, pág. 274.

5. Ver. J. Blas Vega: «Boceto para una historia del cante de las minas», *temas flamencos*, Dante, Madrid, 1973, pág. 70.



De éstos, dos son los primeros que destacarían en esta labor configuradora y difusora: Antonio Grau Mora «El Rojo el Alpargatero» y Concha Peñaranda «La Cartagenera».

El Alpargatero (1847-1907) viaja por primera vez a tierras almerienses hacia 1873. Después, actuaría en repetidas ocasiones en 1877. Hay constancia documental de que lo hizo en el Casino el 27 de febrero y el 22 de junio de ese año⁶. Precisamente allí conoce a una artista, María del Mar Daucet Moreno, con la que habría de quedar unido sentimentalmente y con la que, años más tarde, contraería matrimonio.

6. Ver Lucas López: «Cafés Cantantes en Almería III», *Taranto*, Almería, 1988, págs. 21-22.

No podemos decir si fue en esa ocasión, o en sus vidas anteriores, cuando el Rojo se aficionaría a los cantes de los mineros almerienses. De lo que no cabe la menor duda es de que por «almerienses» fueron tenidos muchos de sus cantes. Fernando el de Triana nos dice, al hablar de Concha la Peñaranda, que:

aunque a sus cantes se los llamaban cartageneras también, procedían de la escuela del famosísimo compositor Antonio Grau Mora el Rojo el Alpargatero, y por lo tanto, dichos cantes eran de corte levantino, pero almerienses, y naturalmente acompañados a la guitarra en compás de malagueña.

No es fácil, sin embargo, categorizar con un mínimo de certeza al tipo de cantes que haría el Rojo. Mucho tal vez demasiado, se ha especulado últimamente sobre esta cuestión. Es muy posible que el Rojo ampliase y enriqueciese su repertorio con otros matices y tonalidades taranteras durante el período de su vida en que estuvo afincado en La Unión. Allí es precisamente donde terminó de adquirir la aureola que hoy adorna su figura. Y es en esos cantes murcianos en los que hoy se cimenta su fama. En este sentido, mucho han influido los recuerdos que transmitiera su hijo allá por 1950, así como las páginas que le dedicara Núñez del Prado, aunque no podemos ignorar que el simple hecho de que este autor le incluyese con tan ardientes elogios entre los artistas cuyas vidas fabuló habla bien a las claras de la popularidad y fama que en su día alcanzó⁷.

No obstante, si nos atenemos a las noticias que poco a poco van apareciendo sobre él, todas vienen a corroborar las palabras de Fernando el de Triana. En efecto, hoy sabemos con absoluta certeza que Antonio Grau, un artista polifacético donde los hubiera, solía acompañarse él mismo a la guitarra. Nos lo confirman varias gaceticillas aparecidas en la prensa madrileña. Así, el 6 de enero de 1877 podemos leer en *La Correspondencia de España*⁸: *En los dos espectáculos de tarde y noche (...) se bailarían unas sevillanas (...) por las señoritas Daucet y Torres, la primera vestida con traje de hombre. Dichas sevillanas serán cantadas, acompañándose con la guitarra, por el aplaudido actor Sr. Grau.*

Y tres días después, leemos de nuevo en la misma publicación: *Hoy domingo tendrán lugar en el Circo de Price dos funciones de tarde y noche en las*

7. *Cantaos andaluces. Historias y tragedias*, Barcelona, 1904, págs. 50-52.

8. Ver Arie C. Sneeuw: *Flamenco en el Madrid del XIX*, Virgilio Márquez Editor, Córdoba, 1989, págs. 54-55.

cuales la señorita Daucet bailará en el acto tercero unas graciosas peteneras; y el actor Sr. Grau cantará, acompañándose de la guitarra, unas malagueñas.

Con respecto a los cantes que el Rojo haría en la década de los 80, no es descabellado pensar que, como parece indicar Fernando el de Triana, no distarían mucho de las primitivas tarantas almerienses. Serían, por tanto, cantes todavía cercanos al fandango y consecuentemente acompasados. Cantes que él enriquecería musicalmente a base de adornos y floreos. Otro detalle que queda confirmado por las notas aparecidas en la prensa almeriense el 27 de febrero de 1877, en donde se habla de sus *coplas flamencas, con gorgoritos, quiebro y florituras*. En este sentido, la aportación del Rojo en cuanto a la evolución de estas tarantas podría compararse a la de Juan Breva con respecto al verdial malagueño.

Continuadora de la labor emprendida por el Rojo fue Concha Peñaranda la Cartagenera. Fernando el de Triana la llama *fiel copista* cuando describe uno de los cantes que hacía, allá, por 1884, en el Café del Burrero sevillano: *aquella afiligranada levantina del clásico estilista el Rojo el Alpargatero*.

Otras cantaoras de postín que visitaron Almería y actuaron en sus cafés de cante fueron «La Rubia de Málaga» y «África Vázquez»⁹. Ellas también pondrían su granito de arena en la difusión por toda Andalucía de la taranta.

A esa época de los primeros cafés de cante perteneció también el primer cantaor profesional almeriense de quien tenemos noticias atestiguadas. Se llamaba Juan Abad Díaz, pero ha pasado a la historia del flamenco como «Chilares». Su nombre quedó para siempre ligado al del Rojo y la Peñaranda gracias a la famosa cartagenera:

Fueron los firmes puntales
del cante cartagenero
la Peñaranda, Chilares,
el Rojo el Alpargatero
y Enrique el de los Vidales.

Y poco más se sabría de él si la fortuna no hubiese puesto en el camino de dos buenos aficionados y estudiosos del cante, José Manrique y Diego Alba, a

9. De La Rubia de Málaga sabemos que actuó en el Casino almeriense el 5 de agosto de 1881 (Ver Lucas López, *Op. cit.*, pág. 23).

uno de sus descendientes: Gabriel Gomila Abad, enamorado también de nuestros cantes. Así, hoy sabemos que Chilares nació en Almería, en el barrio de El Zapillo, en 1868. Hasta ese momento se pensaba que podía haber sido unionense. Juan Abad comenzó cantando, cuando todavía vestía pantalón corto, por las tabernas y tugurios, los cantes que entonces hacían los almerienses. Fue «niño prodigio» y terminó dedicándose por entero a lo que más quería: el cante. Recaló por La Unión en una de sus andanzas. Le escuchó cantar el Rojo y se quedó con él. Consiguió retenerlo unos años, los justos para que su nombre estuviese de boca en boca de los buenos aficionados. Los mismos que, olvidando su origen, le consideraron uno más de los suyos. Tanto que alguno de ellos compuso la copla siguiente:

En la villa de La Unión
no cantan los forasteros
mientras vivan Chilares
y el Rojo el Alpargatero.

En realidad, ningún almeriense podía sentirse forastero en La Unión, donde se podían contar por miles los que de allí habían llegado. Sin embargo, Chilares no pasó mucho tiempo en esta ciudad minera. Un buen día desapareció de ella dispuesto a llevar sus cantes a los tablaos de los cafés cantantes de la Corte. Lástima que allí unos amores clandestinos terminasen con su carrera y su vida. Chilares muere en 1895, asesinado por el certero pistoletazo de un marido celoso. Tenía sólo 27 años. Quedaba así truncada una trayectoria artística que, de haber podido llegar a su madurez, muy bien podría haber sido el maestro indiscutible de la taranta almeriense.

En Madrid viviría ya por aquellos días otro almeriense, *Luis Vélez* «Masquesiete». Le tocaron años malos, porque cuando se empezaba a dar a conocer, comenzaron a cerrar los cafés de cante y su actividad artística tuvo que desarrollarse en los colmaos y las fiestas de reservados. Su nombre quedó, sin embargo, en la memoria de los buenos aficionados.

Y llega el siglo XX. Con él, las primeras grabaciones, el fin de toda especulación musical y el comienzo de la historia contrastada del cante flamenco.

Probablemente, la primera taranta de Almería que se registra sea:

Soy del Reino de almería,
en donde nacen los tempranos,
y al amanecer el día
me encuentro a Pedro el Morato
vendiendo verdulería.

La graba en 1913 don Antonio Chacón. Ese mismo año, registra también otras dos tarantas similares que denomina «Mineras N° 1»: *El corazón se me parte* y *Qué madrugá*. El maestro jerezano había viajado a Almería, parece que por primera vez, en 1891. Es entonces cuando conoce a Frasquito Segura El Ciego de la Playa, y escucha esos tonos levantinos que habrían de ser la base de algunas de sus interpretaciones más imperecederas.

No es posible dilucidar a ciencia cierta cuáles fueron las aportaciones que Chacón hizo a la taranta almeriense, porque no disponemos, desgraciadamente, de ninguna otra grabación anterior con la que contrastarla. No puede caber duda, no obstante, de que su exquisito sentido de la musicalidad le imprimiría un inconfundible sello personal. En la grabación citada, desarrolla bellísimos arcos melódicos de una gran duración sobre los que recorre una increíble variedad de tonos, semitonos y enarmónicos. Unas veces, las más, eleva la voz buscando y sosteniendo agudos; otras _comienzo del segundo tercio_, la recoge para conseguir graves de difícilísima ejecución. Don Antonio hace de este cante un modelo de taranta almeriense a base de respetar con absoluta fidelidad esos ecos tan característicos de la provincia de la plata, el plomo y el mármol, esos finales «recortaos» presentes en los remates del tercer y quinto tercios. Después de estas interpretaciones, la taranta se convertiría en estilo poco apto para voces aficionadas. Era ya cante grande y había entrado a formar parte del repertorio de los artistas consagrados.

No podemos cerrar este período histórico sin mencionar siquiera a otros dos grandes cantaores que tampoco nacieron en Almería: Manuel Torre y El Cojo de Málaga.

Manuel Torre (1878-1933) enriqueció los cantes de Almería con sus tarantos *Dónde andaré mi muchacho* y *Dame la espuela*. Un cante en que ya aparece ese «¡Ay! qué» que ha quedado como característico del taranto y en el que no faltan esos finales «recortaos» tan característicos de Almería. Quienes siguieron su estilo y después su discografía han dejado una huella imborrable que hoy puede apreciarse con nitidez en uno de los aficionados de cante más añejo con que cuenta Almería: Juan Gómez Belmonte.

Joaquín Vargas Soto (1880-1941), el «Cojo de Málaga», taranero inagotable, difundió por Madrid y por toda la Andalucía cantaora cantes que sonaban a Almería. Recuérdense, a título de ejemplos, su grabación de la minera de Chacón *Qué madrugá* y ese pequeño monumento a la delicadeza, esa taranta rebosante de claras modulaciones almerienses:

Mira lo que te he compraó...
Que vengo de las minas de las Carboneras,
que mira lo que te he compraó:
unas botas de cartera,
que con los botones a un lao;
te las pones cuando quieras.

con esos tercios ondulantes hechos a base de altibajos tonales.

Con las obvias diferencias de estilo y personalidad cantaora, la labor difusora que en su día llevó a cabo el malagueño fue después continuada por Pepe Marchena y más tarde por Juanito Valderrama.

Si en la época de los cafés de cante Almería tuvo su cantaor en Chilares, cuando se pusieron de moda, tras el Concurso de Cante celebrado en 1922 en Granada, los certámenes de cante como reclamo publicitario, Almería tuvo también quien le representara: el «Niño de Almería». El ganó el primer premio de tarantas en el Certamen Nacional de Cante Flamenco celebrado en 1936 en el madrileño Circo de Price. Por cierto que en aquel famoso certamen granadino figuró como jurado un almeriense que los azares de la vida le habían llevado a la ciudad de los cármenes: el guitarrista, cantaor aficionado y flamenco por los cuatro costados *Mariano Morcillo Laborda*.

Después, durante la época de las compañías flamencas que recorrían toda la geografía española, otro almeriense, el «Niño de la Ribera», enarboló el testigo dejado por aquél. Manuel Ribera Ruiz debutó, recién terminada nuestra contienda civil, en ese Circo de Price. Más tarde, enrolado en la compañía de Marchena, hizo sus fandangos, barrocos, personalísimos, pero siempre llevó en su repertorio los cantes de su tierra: tarantas y, especialmente, esos fandangos acompañados y esas populares arrieras. Cantes que también era necesario conservar, porque también formaban parte de patrimonio cantaor almeriense. Luego, siguió ejerciendo su magisterio, siempre en pro de los cantes de Almería, desde las páginas de la prensa local.

Durante los años en los que la emigración despoblaba muchos pueblos andaluces, los cantes almerienses llegaron también a Europa y América. En París los recordaba José González Rodríguez, que se hacía llamar «Pepe de Almería», y en la Argentina, otro almeriense, «El Chaqueta de Almería», los hacía en las reuniones de cabaletas que se organizaban en Buenos Aires.

En la época actual, los cantes de Almería han seguido conquistando a muchos cantaores nacidos en otros lugares. Dos de ellos sobresalen: uno re-

cientemente fallecido, «Camarón de la Isla», y otro en pleno ejercicio de su magisterio, «Fosforito».

Camarón bebió, entre los aficionados almerienses, en las fuentes más cercanas al nacimiento de estos cantes. Después los ha reelaborado, infundiéndoles toda la magia que derrochaba su voz y su personalidad. Son cantes a la vez suyos y almerienses. Tienen toda la belleza de una musicalidad propia y la autenticidad de unos ecos ya centenarios. Asombran y conmueven, porque la voz de José Monge Cruz, frágil, delicada, lastimera, pellizca.

Fosforito es uno de los cantaores más completos que ha dado la historia. Antonio es un cantaor creativo, porque siente los cantes y se expresa mediante ellos, porque es un cantaor emotivo que se abrasa y nos quema cuando canta. Y esa es la forma más flamenca de romper moldes y recrear estilos. Su aportación a los cantes almerienses es incuestionable. Suyo es, sin duda, el taranto, dolorido y apasionado, que hoy nos regala. Un taranto estremecedor y magistralmente acompasado.

Hoy el cante de Almería sigue vivo, además, en el corazón y las gargantas de muchos cantaores almerienses. Unos, como *José Sorroche*, han registrado para la historia espléndidas tarantas y siguen dedicando todo su empeño en conservar todos los cantes que se hayan podido decir en su tierra, como esa petenera cercana al folklore que también difunde el Grupo Virgen del Mar; otros, como *Juan Gómez* y «Luis el de la Venta», saliendo de Almería para participar en festivales, peñas y concursos.

A todos ellos, así como a quienes el destino les hizo nacer en otras tierras, pero hicieron y registraron los cantes almerienses, debe hoy su grandeza la taranta de Almería.